

EDICIÓN ESPECIAL

SILVINA

OCAMPO

Homenaje a la vida y
obra de una mujer
polifacética

ESCRIBEN

Juan Francisco Baroffio

Agustina Caride

Pablo De Santis

Axel Díaz Maimone

Silvia Hopenhayn

Gisela Paggi

Jorge Torres Zavaleta

Entrevista inédita con Jovita Iglesias



de Vicer
Silvina Ocampo
1946.



**Suscribite
gratis
haciendo
click aquí**



ULRICA

Libros y literatura

A MODO DE EDITORIAL

Íntima

Escribió Michel Houellebecq que *«uno nunca se entrega en una conversación tan completamente como lo hace frente a una hoja en blanco, dirigiéndose a un destinatario desconocido»*. Esta idea, podemos complementarla con otra de Victoria Ocampo: *«El poeta dice yo en cada verso. El novelista dice yo ocultándose detrás de sus personajes; [...]. Y nada de eso tendría interés si fuese de otro modo»*.

Pero, en ocasiones, hay autores que buscan ser secretos. Y, entonces, ese Yo se vuelve aún más privado y juega a esconderse. Esos autores, cuando uno logra descorrer los velos del misterio, se vuelven íntimos. Y no se nos ocurre otra autora más íntima que **Silvina Ocampo**.

Sus textos han atravesado décadas. No siempre estuvieron a la luz de la fama que se merecía. Los que tenía a su alrededor proyectaban sombras inmensas en las que ella sentía comodidad. No fue un peso, sino todo lo contrario. Silvina, que gustaba de esconderse, creó en ese espacio, donde confluían las artes literarias y pictóricas, un refugio íntimo que hoy podemos explorar y en el que encontraremos la felicidad de la belleza de aquello que puede parecer siniestro, extraño, sin sentido.

Este año, el de los 120 de su nacimiento y 30 de su fallecimiento, ULRICA Revista quiere celebrar la vida y la obra de una de las personalidades más talentosas y fascinantes de la Argentina. Amigos de esta publicación, de la literatura y (¿por qué no?) de Silvina nos abren sus lecturas y reflexiones sobre la más íntima de las escritoras del Río de la Plata.

Te invitamos, lector, a dejarte atrapar por Silvina Ocampo. ■



CONTENIDO

Pág. 4: Ordenar el mundo

Por Juan Francisco Baroffio.

Pág. 6: La imagen terrible

Por Agustina Caride.

Pág. 8: La tinta de la envidia

Por Pablo De Santis.

Pág. 10: Testigo de la literatura

Entrevista inédita con **Jovita Iglesias**.

Pág. 16: Misteriosamente encantadora

Por **Axel Díaz Maimone**.

Pág. 18: Linda, Silvina, linda

Un cuento de **Silvia Hopenhayn**.

Pág. 22: La voz de Narciso

Por **Gisela Paggi**.

Pág. 24: La que se esconde en sus libros

Por **Jorge Torres Zavaleta**.

Pág. 26: Recomendados del mes

Nuestros seleccionados de este mes de editoriales independientes.

Pág. 30: Ilustración de portada

Una obra original y nunca publicada de **Silvina Ocampo**.

*Las ilustraciones que acompañan los artículos de esta Edición Especial son obra de **Mirabella Stoor**, nuestra ilustradora de cabecera.*

*Podés ver más de su obra en **@mirbellastoor***





«Dormiría toda mi vida para conseguir un sueño.»

Silvina Ocampo

Staff

Director:

Juan Francisco Baroffio

@queremoslibros

Editora:

Gisela Paggi

@bibliogigix

Ilustradora principal:

Mirabella Stoor

@mirbellastoor

Colaboradores frecuentes:

Jesús De la Jara

@jesusdelajara.c

Axel Díaz Maimone

@axeldiazmaimone

E-mail:

ulrica.revista@gmail.com

Web:

www.ulicarevista.com

Domicilio:

Olascoaga 2450 (7403)

Sierras Bayas - Prov. de Buenos Aires

Argentina

ISSN 2718-7543

Colaboraron en este número

Agustina Caride

Pablo De Santis

Silvia Hopenhayn

Jorge Torres Zavaleta

Nuestros amigos

Esta revista ve la luz, en parte, gracias a la generosidad de los artistas y autores que comparten sus creaciones, sin percibir un justo honorario, para que lleguemos a más lectores. También, contamos con la cooperación de amigos de editoriales, librerías y festivales que ayudan a mantener viva la cultura del libro. Haciendo click en sus publicidades podrás ver más de su trabajo y ponerte en contacto.



**Conocé nuestra página
haciendo click**

ORDENAR EL MUNDO

POR JUAN FRANCISCO BAROFFIO



Una de las formas clásicas de leer la narrativa de **Silvina Ocampo**, es la que la sitúa dentro del género fantástico. Muchos críticos la ven como una parte integral de la Santísima Trinidad de lo fantástico junto a Adolfo Bioy Casares (su esposo) y Jorge Luis Borges (su amigo). Juntos editaron la **Antología de la Literatura Fantástica**, que se publicó el mismo año que *La invención de Morel*. Las fechas no son casuales. Esa antología, en cierto sentido, definió al género en la literatura argentina e incluso en la latinoamericana. Junto al programa de trabajo razonado de Borges (desplegado en sus ensayos, narrativa breve y reseñas literarias), lograron quebrar el realismo imperante en la literatura de su tiempo.

Pero no todo es tan simple y etiquetable. Una moderna postura de la crítica literaria (entre las que se encuentra, por ejemplo, Natalia Biancotto), nos invita a leer la narrativa de Silvina en la clave del *nonsense*.

Este *sin sentido*, se contrapone a la idea borgesiana de la narración ordenada y rigurosa y de sus trabajos con las múltiples paradojas del universo. En cambio, nos dice Biancotto, Silvina trabaja con «*los límites de la razón, con la incesante fuga del sinsentido: la locura en el mundo*».

Esta lectura de la obra de Silvina, en una clave que la excluye del género fantástico, parece encontrar también su justificación en la opinión de uno de los lectores más sagaces y atinados de la literatura: el mismo Borges. Él nunca incluyó los textos de Silvina en las antologías del género.

Los textos de Silvina requieren que el lector acepte las reglas de un mundo en el que lo razonable y lo concebible sean puestos de cabeza. De alguna forma pareciera decirnos que, para entrar en su literatura, tenemos que encontrar como lo más razonable del mundo el perseguir a un conejo blanco en el País de las Maravillas.

Referirnos a Lewis Carroll, rey del *nonsense*, inmediatamente nos lleva a pensar en el Sombrerero Loco, uno de sus más famosos

personajes. Y justamente los locos son personajes que pueblan la narrativa breve de Silvina.

Muchas anécdotas de quienes la conocieron refieren que sentía fascinación por las historias reales de personas que presentaban alteraciones mentales. Nos cuentan, por ejemplo, que guardaba recortes de diarios con noticias sobre psicópatas para escribir cuentos, o su famoso encuentro con un exhibicionista que le terminó teniendo miedo.

Para Silvina, al igual que para G. K. Chesterton, los locos en la literatura representan un fin en sí mismos. Son la posibilidad de encontrar un rastro más humano e imprevisible en el mundo.

Lo siniestro, en sus textos, no implica necesariamente lo sobrenatural. Una madre que ve, impasible, a sus hijos caer a una muerte segura busca esa fuga del sentido de la que nos habla Biancotto.

Los niños casi genios y casi malditos de sus cuentos, aunque terribles, no son parte de una realidad fuera de este mundo. Pensemos también en Miguel, el niño de la novela **Los que aman, odian**. En los niños, pareciera decirnos la autora, el sentido del mundo es diferente al de los adultos. Los niños, como Alicia, aceptan las cosas como vienen y sin pensarlas de forma racional. Prima lo hedonista, lo lúdico, lo curioso. Y ya sabemos que Silvina fue una niña traviesa que trepaba árboles y se escondía del mundo de sus padres y hermanas mayores. Justamente ese esconderse puede entenderse como una evasión del ámbito adulto en el que se busca que impere la lógica y el orden. La niña Silvina frecuentaba las dependencias de servicio de las casonas familiares. Allí, en ese mundo subterráneo, las reglas y el sentido eran diferentes.

Leer a Silvina Ocampo es aceptar su invitación a dejar que las reglas de la razón, de lo lógico, queden paralizadas. Podemos seguirla, como si fuera un conejo blanco, para que lo inexplicable, el desatino y el malentendido ejerzan una tiranía momentánea y lúdica. Es una invitación a aceptar el despropósito de lo real. ■

LA IMAGEN TERRIBLE

POR AGUSTINA CARIDE



El poeta Cocteau, en una ocasión, confesó: «*Quisiera hacer una escuela de indeseables como yo. En ella enseñaría las actitudes que cierran todas las puertas*». Parecería que, en el mundo hipotético de Cocteau, la menor de las Ocampo fue una de las mejores alumnas de dicha escuela. Allí aprendió, o entendió, que los niños terribles son una respuesta generacional a su contracara, la de padres igual de terribles. O podría decir temibles. No existe el mundo de la infancia sin el de los adultos y uno y otro, en el mundo literario de **Silvina Ocampo**, son un espejo donde el mayor refleja al menor para darle su fisonomía, su identidad. Son chicos que no fueron alimentados desde el pecho amoroso de una madre, sino que fueron nutridos desde una institución (la adulta) que buscó forjarlos con golpes, impotencia, abandono, indiferencia o castigos. Así, los personajes de los cuentos crecen siendo terribles, tan terribles que el mismo sistema que los educó buscará «*protegerlos por el secreto, la clandestinidad, el anonimato*»*.

En los cuentos de Silvina encontramos una gran cantidad de personajes identificables con estas características, niñas y niños vinculados a una vieja burguesía, podríamos decir que era la oligarquía de Buenos Aires, esa clase social en la que ella misma creció, casi olvidada dentro de la familia ya que llegó en última instancia, después de cinco hermanas que la convirtieron en la última. Fue enseñada por dos institutrices inglesas, una francesa, un profesor de castellano y otro de italiano. Entre su linaje familiar cuenta con conquistadores, Gobernadores, políticos, candidatos a presidente y amigos de Domingo Faustino Sarmiento. Entre esos hombres de estirpe y patriotismo, en las estancias y quintas de extramuros, en las mansiones de la ciudad, creció la menor: el reflejo del espejo que los adultos le habían puesto delante para mostrarle quién era ella, una señorita de la alta sociedad.

Solo para citar algunos de sus cuentos, y a modo de tentación para que vayan a explorarlos, en **El vástago** el padre mata a un perro delante de los niños «*de un balazo, le reventó la cabeza para probar su puntería y mi debilidad*». En **Las fotografías** una nena recién salida del hospital muere asfixiada por la fiesta que los padres le organizan «*...los niños dieron menos trabajo que los grandes*». En **El impostor**, los adultos se meten en la vida de los jóvenes «*La miré con odio, primeramente, me preguntaba si Armando Heredia era el viejo, después (para prolongar vanamente el diálogo), se asombraba de que ya tuviera dieciocho años*».

En **Cielo de claraboyas**, tal vez el más terrible, una nena es testigo del asesinato de otra nena en manos de su institutriz. «*Despacito fue dibujándose en el vidrio una cabeza partida en dos*». Figuras paternas y maestros terribles generan niños terribles en cuentos como **La boda**, **El vestido de terciopelo**, **El árbol grabado** o **Las invitadas**, entre tantos. Castigos y exclusión, el manejo de la culpa y aceptación de la pena son los elementos que Silvina maneja para describir afectos destructivos.

En la familia fue algo así como un vago etcétera. ¿Y en las letras? Victoria, Borges, Bioy, la hermana de, la amiga del amigo de y es desde ese lugar que al principio se mantuvo alejada del mundo cultural. Lo que Noemí Ulla llamó «*del lado del secreto*» mientras que Matilde Sánchez dirá que Silvina eligió escribir antes que participar. A mí se me ocurre pensar si esas dos fórmulas no son, en un punto, unificables. La forma en la que ella pudo participar fue escribiendo, y es en la descripción de su mundo donde Silvina nos revela el secreto: las relaciones humanas son terribles. ■

Nota

*Blas Matamoro: *Oligarquía y literatura*.

LA TINTA DE LA ENVIDIA

POR PABLO DE SANTIS



En las casas y jardines donde transcurren los cuentos de **Silvina Ocampo** todo está invertido: sus personajes sienten culpa por trivialidades y no por crímenes, lo doméstico parece terrible y lo terrible maravilloso. Sus protagonistas se dedican a leer las señales que provienen de mundos ajenos, que los hechizan: el mundo de la servidumbre, el de los pobres, el de los mitos, el de los muertos. El mal, siempre presente, no es una mal absoluto, sino recóndito y doméstico.

De todas las pasiones, ninguna como la envidia. Hay dos de sus cuentos que hablan, por igual de la escritura y de la envidia.

El primero es **Rhadamanthos**. Una mujer joven, Virginia, que se cree pura, envidia los pecados de una amiga que acaba de suicidarse. Virginia no soporta que la lloren y la traten como una santa; la misma noche del velorio premedita una venganza. Se peina con el peine de la muerta, y se pone su perfume y se mira en su espejo, como si se sometiera a una posesión; luego escribe veinte cartas de un supuesto amante, que han de corromper la memoria de la muerta. Silvina Ocampo consideraba que su tema recurrente era el de los diarios proféticos. Aquí, sin embargo, la escritura no es anuncio del porvenir sino un modo de modificar el pasado.

El otro cuento es **La pluma mágica**. Un escritor vive acongojado por la sospecha de que cada idea que se le ocurre repite alguna idea anterior, de que no hay modo de inventar algo nuevo. Hasta que recibe una pluma que le abre las puertas de la originalidad. A partir de entonces publica una novela tras otra. Guarda la pluma como un tesoro: «*La llevaba en mis paseos solitarios. Para no perder su fluido dormía con ella metida en el bolsillo de mi pijama*». Pero un amigo, o un falso amigo, que lo sigue a todas partes y le miente devoción, le arrebató la pluma. Pronto se publica, bajo pseudónimo, una novela titulada *La pluma mágica*, y podemos sospechar que si la pluma se

ha retratado a sí misma, es porque su poder secreto se ha terminado.

Cuando aparece la escritura como tema, toda la atención está puesta en los cuadernos y en los papeles, y no en los instrumentos de escritura. Por ejemplo, en la *nouvelle* **El impostor** hay un cuaderno de tapas azules donde está el secreto de la historia; pero el instrumento con que se lo ha de escribir es un lápiz Eversharp (un lápiz mecánico, lo que hoy llamaríamos «portaminas»). También en *Rhadamanthos* lo esencial es el papel, no la pluma: cuando la protagonista se dispone a escribir las cartas, no acepta el papel barato que encuentra en la casa de la muerta y sale a comprar otro. Pero en *La pluma mágica* Silvina rompe con esta obsesión con los papeles y lo prodigioso pasa a ser la pluma.

¿Pero como escribía la misma Silvina, con pluma, con lápiz Eversharp, con birome? Por suerte para los lectores, en la edición de los papeles póstumos, que ya suma varios tomos, Ernesto Montequin anota minuciosamente el estado de los originales. En las versiones manuscritas, no hay manía por un instrumento de escritura en particular: hay trazos de birome, de pluma, de lápiz y de microfibras. En cuanto a los papeles, son cuadernos y libretas de toda clase. Las primeras frases podían ocupar cualquier papelito: «*en ocasiones el primer trozo de papel que la autora tuviera a mano, que podía ser una receta médica, un sobre usado o el reverso de una carta*». Si en sus textos la escritura aparece como un ritual secreto, en la vida real es arrebató y captura.

En cuanto a la pluma mágica, no hay en el cuento ninguna descripción, y no sabemos ni color ni marca. Podría ser una de esas lapiceras negras y con capuchón dorado que están en las vidrieras de los anticuarios, perdidas entre camafeos de nácar, teteras inglesas y jarrones chinos. ■

JOVITA IGLESIAS

Testigo de la literatura

Fue asistente y ama de llaves de Silvina Ocampo y de Adolfo Bioy Casares durante casi cincuenta años. Eso solo bastaría como carta de presentación: todos los que frecuentaron a los Bioy, sea cual fuera la forma, alguna vez escucharon el nombre de Jovita. Pero, además, fue confidente de «los señores», y una de las personas que más y mejor los conoció.

ENTREVISTA
EXCLUSIVA



Silvina era la persona más buena del mundo. Así es como yo la veía y como yo la quería.

JOVITA IGLESIAS: *El 23 de diciembre del 49, mi tía Basilisa me llevó a Santa Fe y Ecuador, porque Silvina Ocampo, que era amiga de ella, quería conocerme y se lo pedía diariamente. Mi tía me dijo que iba a conocer a la mujer más importante de Buenos Aires. Nos llevó el tío, en el coche. Y cuando llegamos, la señora Silvina nos abrió ella misma la puerta de la casa. Recuerdo que tenía un deshabillé, chinelas, y tres gargantillas de oro bellísimas que hacían juego con las pulseras. Yo quedé impactada por su belleza. Hablamos mucho, aunque yo era muy tímida y me daba vergüenza, me sacó un rollo entero de fotografías, y nos ofreció ir a vivir a su casa mientras mis tíos hacían una reforma en su departamento. También me acuerdo que le dijo a mi tía: «Algún día te la voy a robar a Jovita», y lo cumplió. Esa misma mañana lo conocí al señor Adolfo, que tenía treinta y cinco años y venía de jugar al tenis.*

AXEL DÍAZ MAIMONE: *¿Se fueron enseguida a vivir a lo de los Bioy?*

JJ: Sí. Porque cuando la señora Silvina quería algo, tenía que ser en ese mismo momento, inmediatamente. Y mis tíos, para darle el gusto, decidieron aceptar la invitación.

ADM: *En esos primeros tiempos, los Bioy recibían los jueves a sus amigos escritores. ¿A quiénes recordás?*

JJ: *Iba mucha gente a la casa. Me acuerdo de Pezzoni, de Borges, de Estela Canto, de Mujica Lainez con su bastón y el sombrero, de Johnny Wilcock. Pero al que más recuerdo es a Borges. Venía todas las noches, y yo bajaba a buscarlo,*

porque veía muy mal. Se quedaba a comer, y después, durante la sobremesa, hablaba y escribía mucho con Adolfo. Silvina se quedaba con ellos, comiendo gelatina de frambuesa, y se dormía en la mesa, escuchándolos. Cuando sonaba una carcajada, porque Borges y Bioy se reían mucho, se despertaba y les decía: «¡Idiotas! No me dejan dormir». Pero a ellos no les importaba, y seguían divirtiéndose.

ADM: *¿Cómo era un día en Santa Fe y Ecuador?*

JJ: *Todos nos levantábamos temprano, a eso de las 8. Enseguida se desayunaba, y yo me quedaba con Silvina, haciéndole compañía, hasta la hora que me tenía que ir a trabajar a la Sastrería Spinelli, donde me recomendó el señor Adolfo. Bioy se iba a jugar al tenis, y volvía a mediodía. Después de almorzar, Silvina y yo hablábamos mucho, porque me pedía que le contara cosas de España, o que le leyera algo; Adolfo dormía la siesta, que eran justo veinte minutos, por reloj, y después salía, iba al cine o lo que fuera. El señor volvía para el té, y después escribía, hasta la hora de cenar. La señora Silvina, que salía muy poco, pintaba o nadaba en el primer piso; pero si escribía, estaba arriba, en su habitación. A eso de las nueve de la noche, llegaba Borges y se quedaba hasta la madrugada en la casa.*

ADM: *Cuando tus tíos terminaron las reformas en la casa de Villa Urquiza, ¿qué pasó con los Bioy?*

JJ: *Cuando se terminó la ampliación volvimos a la casa de mis tíos. Pero la señora me mandaba todos los días al chofer, para que me fuera a buscar y me llevara a Santa Fe y Ecuador antes de*

ir a lo de Spinelli. Y lo mismo a la noche, al salir del trabajo. De a poco, me fui quedando en la casa, porque Silvina no quería que me fuera nunca. Y ya no me separé de los Bioy, hasta el final.

ADM: O sea que Silvina le ganó a Basilisa, y se quedó con vos.

Jl: *Sí, así fue. Pero mi tía, con el tiempo, también se vino a lo de Silvina.*

ADM: Y cuando te casaste con Pepe, ¿fueron a vivir con ellos a Santa Fe y Ecuador? ¿O ya se habían mudado a Posadas 1650?

Jl: *Cuando nos casamos con Pepe, Adolfo y Silvina todavía estaban en Santa Fe y Ecuador. El día que nos casamos, el señor estaba enfermo, con fiebre, y todavía no sé cómo la señora Silvina fue a la Iglesia y a comer con nosotros a la casa de los tíos. Ellos, en esa época, estaban planeando un viaje a Europa. Viajaron enseguida. Y al volver, se mudaron a Posadas. La casa de Posadas era mucho más grande que la de Santa Fe. Era un edificio de seis pisos, que había mandado a construir el padre de Silvina, para que todas sus hijas estuvieran juntas. La señora tenía el quinto piso, que incluía el sexto, con la terraza y su atelier; eran veintidós dependencias, en total.*

ADM: Volvieron a la casa donde se habían conocido, veinte años atrás. Pero ahora estaba Marta, que era recién nacida.

Jl: *Sí. El motivo del viaje era adoptar a Martita, que había nacido en Estados Unidos. Ellos fueron a buscarla, y pasaron varios meses en Europa.*

ADM: ¿Cambió la vida de los Bioy con Marta?

Jl: *Sí, claro. Casa nueva, una hija. La vida ya no sería la misma. Adolfo tenía locura con Marta. Y Silvina también. Cuando Marta era chiquita, vivía al lado de su padre; se divertían mucho, y eran como dos chicos juntos. La señora tenía adoración por ella, la miraba como embobada y estaba pendiente de Martita todo el tiempo. Además, se empezaron a festejar cumpleaños en la casa, o en*

una casita que Angélica (hermana de Silvina) tenía en San Isidro; y para Navidad siempre había una ceremonia con muchos regalos para ella.

ADM: Y se terminaron los grandes viajes.

Jl: *Claro. Como Marta tenía que ir al colegio, ya no volvieron a pasar largas temporadas en Europa. Creo que fueron solo dos veces los tres juntos a Europa. Y en barco, porque Silvina jamás se subió a un avión.*

ADM: Porque le tenía terror a la velocidad. Recuerdo que me contaste alguna vez que ella sufría cuando Bioy manejaba ligero.

Jl: *Mira, cuando íbamos a Pardo y a Mar del Plata, viajábamos en dos coches, porque Adolfo iba a gran velocidad en el suyo, con la señora y Martita; y Pepe y yo los seguíamos atrás, en el auto de Silvina. Continuamente los perdíamos de vista; pero después bajaba la marcha y nos esperaba. ¿Tú conoces Rincón Viejo y Villa Silvina?*

ADM: Solamente conozco la casa de Mar del Plata, porque Villa Silvina está frente a Villa Victoria.

Jl: *Las separa una callecita, nada más. Pero antes estaban comunicadas entre sí, por una ligustrina. Los Bioy pasaban el verano entero allá. Pepe y yo los acompañábamos. Íbamos primero al campo, en Pardo. Nos quedábamos unos días allí, y luego seguíamos viaje hacia Mar del Plata.*

Rincón Viejo era una estancia enorme, que había sido de la familia de Adolfo. El señor decía que era su lugar en el mundo, y que nadie la había querido tanto como él. Cuando caminábamos, recorriendo el campo, el señor nos contaba historias de los árboles, nos decía que los habían plantado con sus propias manos, y eso nos hacía gracia a todos; pero Silvina aseguraba que sí, que era verdad, que los habían plantado ellos cuando se fueron a vivir al campo.

En el campo, lo mismo que en Buenos Aires, la señora hablaba todos los días con Victoria, su hermana mayor. Pese a lo que todos cuentan, se

querían mucho. Y cuando Victoria sabía que llegábamos a Mar del Plata, nos estaba esperando y quería que fuéramos a verla enseguida Silvina y yo. Casi todas las tardes tomábamos el té en la casa de ella; y Adolfito, que no iba muy seguido, le mandaba notitas disculpándose.

ADM: He visto esas cartas. Y recuerdo que casi siempre le mandaba «saludos de Marta, que te quiere mucho».

Jl: Claro, porque eso suavizaba las cosas. Igual, estábamos juntos casi todo el día, porque íbamos todos a la playa desde la mañana, y las carpas estaban pegadas una a la otra. Pepe, Adolfito y Borges se iban al mar, a nadar; Silvina y yo cuidábamos a Martita, y a veces se quedaba con nosotras Angélica; Victoria caminaba de una punta a la otra, por la orilla del agua. Me acuerdo que la señora Silvina hacía esculturas en la arena con caras de mujeres y decía que eran «para que el mar tuviera lindos sueños por la noche».

ADM: Volvamos a Buenos Aires, a la calle Posadas. A mediados de los '70 Marta se casó y tuvo su primer hijo. En esa época, Silvina publicó varios cuentos para chicos, y según me contaste algunas veces, tenía locura con sus nietos. ¿Y Bioy?

Jl: Los dos estaban locos con Florencio. Después nacieron Victoria y Lucila, y fue lo mismo. El señor los miraba y les hacía morisquetas. Pero creo que a la que más quiso fue a Lucila, la nieta más chica. Beatriz Guido, que era muy amiga de Silvina, dijo que Lucila era la persona más inteligente de la casa.

ADM: A fines de los años '80, Marta se mudó a otro piso, dentro del mismo edificio. Fue la época en que Silvina tuvo ese accidente a raíz del cual le descubrieron su enfermedad. Pasó seis años bastante mal, hasta que murió, el 14 de diciembre de 1993. Y unas semanas después, murió Marta.



Jl: La señora estuvo enferma durante mucho tiempo. Dejó de hablar, no podía levantarse de la cama. Tenía enfermeras que la cuidaban todo el día, pero ella las odiaba. Era muy triste, todo. Cuando murió, yo estaba con ella y le cerré los ojos, como me había pedido ella misma. También me pidió que le diera el último bocado y le cerrara los ojos a Adolfito, si ella moría antes.

ADM: Y lo cumpliste.

Jl: Claro. Yo le había prometido a Silvina que los acompañaría a los dos hasta el último momento, y así fue.

ADM: Jova, ¿cómo los recordás a los Bioy? ¿Los extrañas?

Jl: Silvina era la persona más buena del mundo. Así es como yo la veía y como yo la quería. Y Adolfito era un ser humano maravilloso. Estuvimos juntos cincuenta años. Fueron mi familia. Los quise mucho a todos: a los señores, a Martita, a los chicos. Ahora me quedé sola. ■

© Del archivo de Axel Díaz Maimone.
Este diálogo fue grabado en septiembre de 2010.



16ª Feria del LIBRO ANTIGUO de Buenos Aires

**Del 29 de noviembre
al 3 de diciembre
de 2023**

Palacio La Prensa - Casa de la Cultura,
Rivadavia 564
Ciudad Autónoma de Buenos Aires



MISTERIOSAMENTE ENCANTADORA

POR AXEL DÍAZ MAIMONE



Sobre la mesa, decenas de fotografías, papeles, dibujos, algunos sobres y una carta. Una carta que explica todo, porque es, al mismo tiempo, un legado y el compromiso que surge de una tácita promesa: no olvidar.

La mujer que aparece en las fotografías es la misma que hizo los dibujos y que escribió varios de aquellos papeles desteñidos por el tiempo: **Silvina Ocampo**. Mirando el conjunto, se advierte que las imágenes no solo representan momentos de la vida de la escritora, sino que también hablan por sí mismas y permiten descubrir a una de las mujeres más inteligentes y originales de la Argentina.

Es difícil hablar de la imagen de alguien que se resistía a perpetuarse en las fotografías. En el caso de Silvina, aunque se negaba a dejarse fotografiar, tuvo siempre una estrecha relación con la imagen.

Cuando era chica, era el modelo preferido de su hermana Victoria, que no se cansaba de retratarla. Pero luego, en la adolescencia y en la juventud, empezó a sentirse fea. Y pese a sus ojos celestes, a sus rasgos delicados, al cabello con ese tono entre castaño y caoba, Silvina sentía que no había sido agraciada por la belleza.

La primera imagen de Silvina Ocampo es la de una joven veinteañera. Sentada en un sillón de mimbre, con la mirada puesta en la cámara y la mano cubriendo parte del rostro, tiene un aire sensual y tímido, distante y provocador. Así, dicen, era Silvina. .

La actitud de ocultar parcialmente la cara fue constante a lo largo de toda su vida, como un juego de seducción: espléndida y enigmática al mismo tiempo, mostraba las partes de su cuerpo que más le gustaban. Y, si el resultado no la satisfacía, era capaz de pintar la copia impresa a la altura de su rostro; o, simplemente, de recortarla.

Bioy fue, sin dudas, el mejor retratista que tuvo Silvina. Muchas de sus mejores fotos las tomó él. Y, como tenía la costumbre de sacar un rollo entero, hay series espectaculares. Gracias a Bioy ha quedado el registro de su vida cotidiana: se la ve en su mesa de trabajo, rodeada de libros, apoyada sobre ellos, recostada en un sillón, fastidiada por la insistencia de su marido de seguir fotografiándola. También la retrató en distintas ciudades; en el campo con su caballo; junto a Borges, con su hija Marta o sus amigos.

Todas las imágenes de Silvina son incompletas si no se las relaciona con su obra (sobre todo, con la obra poética). Llega un punto en que imagen y palabra se funden, dando lugar a esa mujer misteriosamente encantadora. La joven dedicada al arte; la señora que recorre Buenos Aires cantándole a sus árboles, y que no quiere salir con su marido a la calle porque lo afea, es la misma que en un poema dice que ya no quiere más fotografías de su cara, porque no la siente realmente suya. En realidad, la visión a través de los ojos ajenos no coincidía con la propia. Quizás por eso ella se ocupó de dejarnos su propia versión: un autorretrato hecho con birome violeta y lápiz negro. ■



LINDA, SILVINA, LINDA

UN CUENTO DE SILVIA HOPENHAYN



E

El teléfono me despertó de un sueño extraño: yo entraba en un salón que me era absolutamente desconocido, entre personas de mirada atávica y peinados sepultados en sombreros oscuros. Detrás de un biombo oriental, una mujer apareció de golpe. Sostenía media naranja en su mano, que exprimía sobre su boca de cocodrilo como si fuese un néctar de la infancia. Con los ojos camuflados detrás de sus lentes de carey, me miró para compartir sus años conmigo y en ese instante desapareció de esa vida, para retornar a la mía, exenta de alboroto.

Era Juan quien me llamaba, el ex marido de mi madre.

-Silvia, tengo que pedirte un favor, me dijo. ¿Alguna vez te hablé del escritor que me vendió su juego de té para olvidarse de su abuela? Está en apuros. No encuentra su diario de vida y una editorial le ofreció cincuenta mil dólares para publicarlo antes del 2000. Tu madre siempre me decía que vos encontrabas en la casa todo lo que ella intentaba expulsar de su memoria. ¿Te animarías a revisar los cajones del escritor? Es una carpeta amarilla, con más de doscientas hojas tamaño carta, escritas en una Royal del 55. La casa estará vacía desde las ocho de la mañana, él regresa a la hora del té.

-¿Tiene tazas nuevas?, pregunté.

Juan no pareció escucharme, solía evitar las preguntas cuando buscaba conseguir algo.

-Si lo encontrás, el editor te otorga el 0,5 de los derechos de autor.

La oferta me sorprendió, como si de un momento a otro mi ancestro mudara de herencia.

La puerta estaba abierta. El sol de las ocho de la mañana proyectaba sobre la pared un remolino dorado. Avancé, curiosa. El sonido de la casa me orientó hacia el comedor. El piso crujía, las arañas del techo tintineaban. Las cortinas pesaban tanto que el terciopelo rojo había erosionado el borde de las alfombras persas. La mesa estaba puesta como si una corte de fantasmas hubiese renunciado al tiempo y tuviera una tardía vocación de realidad.

La promesa de que no hubiera nadie en la casa era imposible de cumplir. Esa mansión jamás se libraría de todas sus presencias. No importaba; yo tenía un objetivo que alcanzar, guiada por mi afán de liberar viejos secretos familiares. Un diario de vida era un trofeo para mi natural empeño.

Comencé por el escritorio, una inmensa habitación de sillones gastados, recubiertos con sábanas. Contra la pared del fondo, frente a un gran ventanal que daba sobre la calle Posadas, estaban todos los libros del escritor, concienzudamente mezclados con los de su mejor amigo. Algunos títulos se escondían detrás de portarretratos con fotos de viajes y escenas familiares en el campo. Sólo se exhibían claramente las obras completas de Lord Byron y *Del amor*, de Stendhal.

El escritorio de trabajo era pequeño. Lo cubría un vidrio roto en las esquinas. Por debajo, otras fotos. Las familiares más antiguas. Niños y perros. Ajax en la estancia de Pardo, saltando sobre Bioy. Muy pocas de Silvina, la esposa del escritor, según algunos fallecida recientemente. Sobre una mesita, una pila de videos de películas de la década del ochenta. Me llamó la atención una edición americana del último recital de Madonna. ¿Qué material

encontraría el escritor en esa chica?

No había máquina de escribir, como si las manos hubieran desertado de aquel ambiente. Tan sólo un aparato de fax y flores secas en un jarrón.

Revisé los lomos de los libros a la espera de una pista del diario. Al cabo de dos horas, solo conseguí teñirme los dedos de un marrón ceroso. El olor a cuero viejo me hizo estornudar. Abrí las ventanas de par en par y asomé la cabeza. En la plaza, unos niños rodaban por el pasto aprovechando la ladera oblicua, dejándose caer como hojas secas arrastradas por el viento de la Recoleta. Los inmensos árboles, gomeros de principios de siglo, parecían clavados para sostener la historia. Tomé una bocanada de aire y partí hacia los infinitos corredores que anudaban la casa del escritor como tripas de vidas inconclusas.

La oscuridad contrastaba con el mediodía furioso y la quietud excesiva de los muebles antiguos parodiaba lo inmortal. Había tantos libros y tan pocos cajones. ¿Dónde habría escondido las páginas de su memoria? ¿Estarían desparramadas en distintos lugares para evitar cualquier atisbo de reconstrucción? Entré en una habitación pequeña con las celosías cerradas. La luz se filtraba indicándome caminos cruzados. Un armario con llave atrajo mi atención y me dispuse a abrirlo con mi cortaplumas suizo.

Mientras forcejeaba la cerradura, un chasquido arrebató el silencio que me apañaba. Plegué la navaja, pero conservé el cortaplumas en mi mano, a puño cerrado. Una puerta sin picaporte comunicaba con otra habitación.

Me arrimé para escuchar. Un ruido metálico, de cama desvencijada o catre de hospital, irrumpía en mi pactada soledad.

Había alguien del otro lado. Una persona

acostada hacía sonar los resortes del colchón.

Aplasté mi oído contra la puerta y escuché una vocecita de mujer.

«Linda, linda», decía, y sus palabras obedecían a un aliento amoroso y letal.

«Linda», insistía como un canto.

Me acuclillé para espiar por la cerradura (¡yo, en la franquicia misma del pudor!) y vi el traje blanco de una enfermera. Blanco como el cielo, blancas sus manos y el blanco de mi ojo. Blancas como las páginas de lo que no se ha escrito nunca. La enfermera que todos alegaban haber visto en algún entierro familiar acariciaba la cabeza de... «Linda, Silvina, linda». Su voz continuó llenando la casa de entonado sosiego. ¡La esposa del escritor estaba viva! Lloré detrás de la puerta. Sin parar, sin esperar. La esposa del escritor estaba viva, y yo ahí quieta, llorando, al borde de su última respiración. Se me erizó la piel al ver cómo la enfermera le acariciaba la cabeza. Mis párpados cayeron en cámara lenta conservando la tristeza de una revelación: la existencia de Silvina.

Al abrir los ojos, vi una carpeta amarilla que sobresalía del armario. El diario estaba allí. Me levanté sigilosa, lo saqué con el cuidado de lo que no se olvida. Tenía que irme, entregar el diario lo antes posible. «Linda, Silvina, linda», quería seguir escuchando esas palabras. Al salir, contemplé mi imagen en un espejo español. Mis ojos estaban rojos. La pena parecía confundirse con el hallazgo. ¿Pero cuál? Había encontrado lo que el escritor buscaba y la muerte me había sorprendido con una caricia. Recordé un verso de Macedonio Fernández: «*Muy mimada muerta quiero ser*».

Así la vi. ■



DIPLOPOESÍA

EDICIÓN I



"La importancia de la paz, la libertad, la justicia y las instituciones sólidas"

Las palabras han sido a lo largo de la historia un acto de creación, creatividad, belleza, pasión y crítica. La escritura le ha dado un sentido a las cosas que rodean a la humanidad desde tiempos inmemorables y han permitido la evolución del pensamiento, la razón e incluso de la sensibilidad humana.

Todo gran cambio político, social o cultural se expresó y necesitó del arte de escribir. "La pluma es más poderosa que la espada" afirmaba Edward Bulwer-Lytton (1839), pues cuando es bien y sabiamente utilizada puede surtir mayor efecto que cualquier otra arma.

Inscripciones: Diplopoesia@gmail.com

Ver bases y condiciones



DIPLOMACIA
ACTIVA

LA VOZ DE NARCISO

POR GISELA PAGGI



Desmenuzar un poema es una tarea tan ardua como inútil. Pero sí me gusta detenerme en ciertos detalles a la hora de leer algunos, principalmente aquellos que me atraen por algún motivo tan particular como misterioso.

Silvina Ocampo tiene poemas que me invitan a ese detenimiento. Pienso en ***Habla Narciso*** publicado en *Poesía completa vol. II*, dentro de lo que se denomina su *Poesía inédita y dispersa* (2001).

La figura de Narciso se repite a lo largo de toda su obra poética, tal como el mundo clásico está presente en toda su producción también.

En *Metamorfosis*, Ovidio narra el amor fallido entre Eco y Narciso y esta es la base que utiliza Ocampo en su poema para narrar al amor como una tiranía.

Eco, condenada por Hera a repetir solo las últimas palabras que decía la persona con la que hablaba, fue rechazada por Narciso en el bosque, luego de un diálogo confuso entre ambos ya que, claramente, Eco no podía mantener una conversación con él ni expresar su amor:

«¿Alguien hay?», y «hay», había respondido Eco. Él quédase suspendido y cuando su penetrante vista a todas partes dirige, con voz grande: «Ven», clama; llama ella a aquel que llama. Vuelve la vista y, de nuevo, nadie al venir: «¿Por qué», dice, «me huyes?», y tantas, cuantas dijo, palabras recibe. Persiste y, engañado de la alterna voz por la imagen: «Aquí unámonos», dice, y ella, que con más gusto nunca respondería a ningún sonido: «Unámonos», respondió Eco, y las palabras secunda ella suyas, y saliendo del bosque caminaba para echar sus brazos al esperado cuello. Él huye, y al huir: «¡Tus manos de mis abrazos

quita!

Antes», dice, «pereceré, de que tú dispongas de nos».

Narciso, a quien tantos rechazó, es condenado a morir mirando su reflejo tal como lo retrató Caravaggio en 1597-1599. Eco se recluye en una cueva, sumergida en el silencio, hasta que muere consumida por el tiempo y el desamor.

Silvina Ocampo personaliza este mito, lo hace propio en *Habla Narciso* y lo sumerge en un ambiente bucólico y silvestre, donde la flora y la fauna toman protagonismo, al igual que el agua. Y en esa agua que le devuelve el reflejo a Narciso, Ocampo ve también su propio reflejo y se produce una transposición entre Narciso y el yo poético que, por momentos, incluso, cambia de género generando en esa alternancia, un juego de espejos caprichoso.

Y tú, casto divino, distraído como yo mismo no me decías, soy yo, soy yo que te amo. Cuando yo me alejaba de ti, en busca de otro cielo, cuántas veces te dije «adiós», pero era «ven Narciso» para sentir más segura nuestra unión.

Silvina Ocampo, ávida conocedora del mundo clásico, introduce en *Habla Narciso*, también, la mención a los perros que devoraron a Acteón, el cazador condenado a convertirse en ciervo luego de haber visto desnuda a Diana. Las metamorfosis son un tema recurrente en la obra de la escritora argentina y el uso que hace de ellas como recurso poético es preciso y pertinente. El eco, así, se convierte en aullido para que el yo poético pueda lograr que el mundo tiemble antes de que el silencio sea infinito en un corazón demorado para siempre.

En la sangre derramada de Acteón y en el aliento ahogado de Narciso, habitarán para siempre, ya convertidos en mito y replicados en Silvina Ocampo, el amor y la lujuria como un eco solitario en mitad de la noche. ■

LA QUE SE ESCONDE EN SUS LIBROS

POR JORGE TORRES ZAVALETA

Tuve el privilegio de haber conocido a **Silvina Ocampo**, de tener un trato casi cotidiano con ella. ¿A qué edad? A los 18 años. Fue una mentora y una persona única para mí, por sus diálogos cargados de enseñanzas, que a la hora de escribir recuerdo muy bien y también por sus palabras alentadoras a mis textos que tímidamente veían las luces. Lo más interesante de una gran personalidad son las enseñanzas que suelen dejarnos. Silvina era una gran artista, diría que la escritora más plena e importante de la literatura argentina; en ese sentido sus libros nos hablan e interpelan. Leer y releer a Silvina Ocampo es una aventura de asombro y goce permanente. En cada línea de sus variados textos sorprende lo sutil, la destreza y lo fantástico. Sus diálogos, sus palabras eran versos que pintaban lo cotidiano.

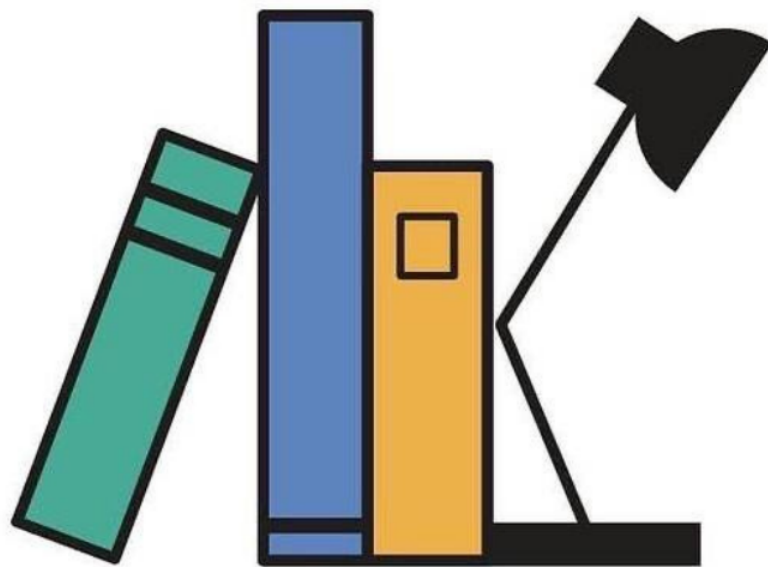
La poesía de Silvina Ocampo es un viaje a través de la intimidad del ser, cuando le preguntaban cómo era ella, contestaba «íntima». En obras como **La furia** y **Cornelia frente al espejo**, Silvina despliega una prosa lírica que explora los recovecos más oscuros y luminosos del amor, la muerte y la naturaleza. Su capacidad para demostrar emociones y experiencias humanas en imágenes poéticas, a menudo con un toque surrealista, es una marca distintiva de su estilo.

En el ámbito de la narrativa, se aventuró en terrenos donde lo cotidiano y lo insólito se entrelazan de manera intrigante. Sus cuentos,

como los encontrados en **La naranja maravillosa**, **La casa de azúcar**, **El impostor** y **El pecado mortal**, son ejercicios literarios de exquisita maestría. A través de la exploración de lo fantástico y lo alterador, Silvina nos invita a cuestionar las nociones establecidas de lo real y nos sumerge en un mundo donde la psicología humana se despliega en su máxima complejidad.

Además de su labor como escritora, Silvina desempeñó roles cruciales como traductora, editora y pintora. Su contribución a la difusión de autores extranjeros en Argentina es un testimonio de su compromiso con la diversidad literaria. La participación en la influyente revista *Sur*, dirigida por su hermana Victoria Ocampo, fue fundamental para la difusión de corrientes vanguardistas en la escena literaria argentina.

Silvina Ocampo no gozó de la misma notoriedad que algunos de sus contemporáneos, escudada por figuras como Borges y su marido, Adolfo Bioy Casares. Sin embargo, su legado perdura a través de la admiración de aquellos que reconocen su genio creativo y su capacidad para explorar lo más profundo de la condición humana. Su legado es una invitación a sumergirse en la audaz e inteligente forma que Silvina Ocampo tenía de descubrir y explorar el mundo en sus diversos contrastes, de hacernos ver la diversidad, los abismos y la belleza de nuestra experiencia a través de la palabra escrita. ■



Librería de Usados
La Popular
Olavarría

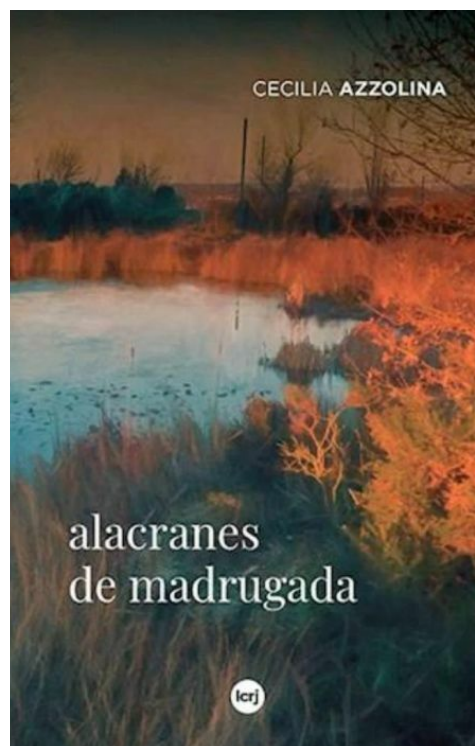
TODOS LOS
LIBROS

@libreria_de_usados_la_popular

ALACRANES DE MADRUGADA

Por Gisela Paggi
@bibliogigix

AZZOLINA, Cecilia: *Alacranes de madrugada*. Buenos Aires. La Crujía, 2023.



Alacranes de madrugada es una novela que se abre más allá de lo escrito a medida que la leemos. Es una novela donde el peso de lo no dicho late con fuerza y se manifiesta en pequeñas erupciones que se escuchan como truenos en la noche. **Cecilia Azzolina** ha escrito una novela sólida sobre la soledad y sobre los caminos que, a menudo, desandamos para volver a nuestro punto de partida, como diría Rocío Jurado en una canción.

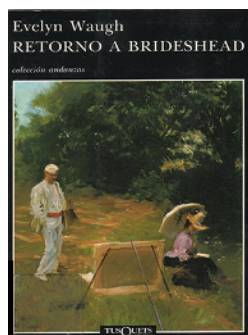
Natalia regresa a un pueblo cargado de fantasmas del pasado, donde creció y del cual tuvo que huir, para enfrentar la muerte de alguien a quien quiso y que pasará a formar parte de ese ejército de fantasmas. Deberá atravesar los reencuentros y enfrentar la relación con su madre y, a su vez, con su propia hija. Todo ello en un territorio dominado por animales cuyos ojos brillan en medio de la noche, que se cuelan por las ventanas y se abren paso entre el silencio. *En Alacranes de madrugada* las historias también se abren paso sigilosamente y conforman una red

amplia de relaciones con la soledad, con el miedo, con la desesperanza y con el terror.

El punto fuerte de la historia está en el modo en que se narra. El lenguaje es el gran aliado de la autora y dota a la novela de una potencia rabiosa. A menudo se hace eco de un ruido que nos ensordece y, por otros momentos, se sumerge en los silencios más abismales, aquellos que rodean una solitaria casa, en la quietud de una madrugada donde, cada tanto, estallan los ladridos de los perros salvajes.

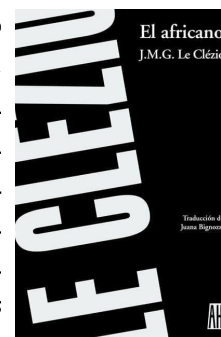
Es una novela que vacila entre el ruido y el silencio, entre la luz y la oscuridad, entre la vida y la muerte. Que se abre paso hacia la magia y las pequeñas mitologías que pueden poseer a un pequeño pueblo entrerriano. Que conforma hermosas imágenes cargadas de potencia poética. Que se deja atrapar por las sombras que proyecta un chañar florecido al tiempo que reproduce la luz mortecina de los ojos de un animal arrastrado por la crecida. ■

Para ampliar el combo:



Regreso a Brideshead, de Evelyn Waugh (Tusquets, 2008): En tiempos de la Segunda Guerra Mundial, Charles Ryder llega a Brideshead donde recordará sus años de juventud junto a los Flyte. En primera persona narrará las formas de la amistad y del amor.

El africano, de J.M.G. Le Clézio (Adriana Hidalgo editora, 2007): Novela autobiográfica donde el autor intentará desentrañar el momento el cual su padre se convirtió en un hombre sombrío, entre la guerra y las dificultades propias de una tierra inhóspita.



INTERZONA

AÑOS

QUIGNARD VALENZUELA BERGER CAGE
BIZZIO FOGWILL LEZCANO CIXOUS QUIGNARD
HARRISON COHEN BOAL BARBA AIRA BADIOU
CHERNOV CUCURTO DESSAL MIEVILLE LAISECA
INCARDONA MEY JITRIK MILLHAUSER LEM TAVARES
Q U I G N A R D
V A L E N Z U E L A
B E R G E R C A G E
B I Z Z I O F O G W I L L
L E Z C A N O C I X O U S
Q U I G N A R D
H A R R I S O N C O H E N B O A L B A R B A
A I R A B A D I O U C H E R N O V C U C U R T O
D E S S A L M I E V I L L E L A I S E C A I N C A R D O N A
M E Y J I T R I K M I L L H A U S E R L E M T A V A R E S
Q U I G N A R D V A L E N Z U E L A B E R G E R C A G E
B I Z Z I O F O G W I L L
L E Z C A N O C I X O U S
Q U I G N A R D
H A R R I S O N
C O H E N B O A L
B A R B A A I R A
B A D I O U
C H E R N O V C U C U R T O D E S S A L M I E V I L L E L A I S E C A I N C A R D O N A
M E Y L E M O F O G W I L L L E Z C A N O C I X O U S Q U I G N A R D H A R R I S O N
C O H E N B O A L B A R B A A I R A B A D I O U C H E R N O V C U C U R T O
D E S S A L M I E V I L L E L A I S E C A I N C A R D O N A M E Y L E M C H E R N O V

J I T R I K
M I L L H A U S E R L E M T A V A -
R E S Q U I G N A R D V A L E N Z U E L A B E R -
G E R C A G E B I Z Z I O F O G W I L L L E Z C A N O C I X O U S
Q U I G N A R D H A R R I S O N C O H E N B O A L B A R B A A I R A
B A D I O U C H E R N O V C U C U R T O D E S S A L
M I E V I L L E L A I S E -
M E Y J I T R I K M I -
T A V A R E S Q U I G -
Z U E L A B E R G E R
F O G W I L L L E Z -
Q U I G N A R D H A -
B O A L B A R B A
C H E R N O V C U -
M I E V I L L E L A I S E -
N A M E Y J I T R I K
L E M T A V A R E S
V A L E N Z U E L A
B I Z Z I O F O G W I -
C I X O U S Q U I G -
S O N C O H E N
A I R A B A D I O U
C U R T O D E S S A L
I N C A R D O N A M E Y
L E Z C A N O C I X O U S Q U I G N A R D H A R R I S O N C O H E N B O A L
B A R B A A I R A B A D I O U C H E R N O V C U C U R T O D E S -
S A L M I E V I L L E L A I S E C A I N C A R D O N A M E Y
L E M C H E R N O V J I T R I K M I L L H A U -
S E R L E M T A -

LA VANGUARDIA CLÁSICA FESTEJA DOS DÉCADAS. DESDE EL 2002 FORJAMOS UN CONTUNDENTE CATÁLOGO EN EL QUE CONVIVEN LO NUEVO Y LO CONSAGRADO, LO LOCAL Y LO EXTRANJERO, EL SILENCIO Y LA VERBORRAGIA.

TENEMOS PREPARADAS PROMOCIONES, SORPRESAS Y REGALOS PARA TODA NUESTRA COMUNIDAD. SUSCRIBITE AL NEWSLETTER. TE ESPERAMOS, HAY LUGAR PARA TODES.

[INTERZONAEDITORA.COM/NEWSLETTER](https://interzonaeditora.com/newsletter)



NUEVE VERSIONES DE BORGES

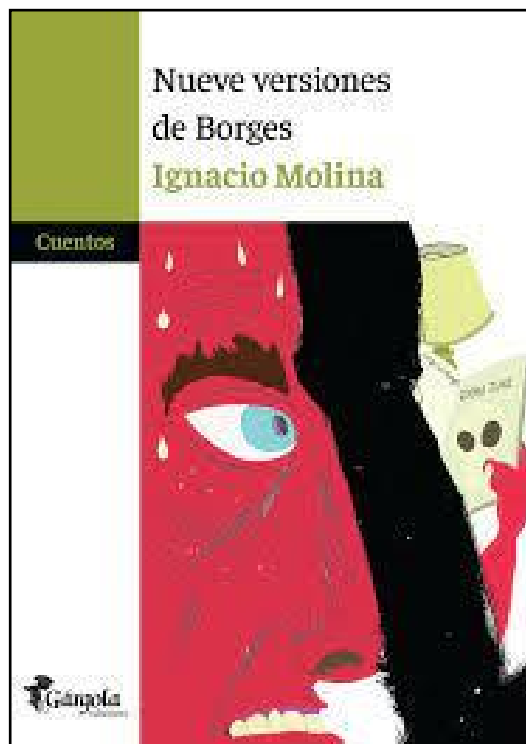
Por Juan Francisco Baroffio
@queremoslibros

MOLINA, Ignacio: *Nueve versiones de Borges*. Buenos Aires. Gárgola ediciones, 2023.

Cuando Witold Gombrowicz se disponía a regresar a su Polonia natal tras largas décadas de exilio, dejó un consejo a los jóvenes escritores argentinos: «*Tienen que matar a Borges*». Durante algunas décadas esa suerte de mandato parricida literario fue estandarte de batallas de muchos escritores. Por un lado están los que buscaron insultar y derribar el mito borgesiano. Otros, como Juan José Saer, optaron por indagar caminos literarios diferentes y, sin enfrentarse directamente al Juggernaut, eligieron hacer de cuenta que no existía tal sombra. Incluso hubo algunos que parecieron tomar literalmente el consejo y se dedicaron a amenazar de muerte, a diario, al viejo escritor. Aunque, es probable, que respondiera a cuestiones de pasiones políticas mal entendidas antes que a cuestiones literarias.

Pero lo cierto es que durante algunas décadas, Borges fue el blanco de la juventud iconoclasta.

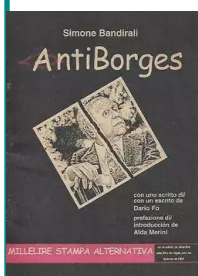
Ignacio Molina, que reconoce haber llegado



con cierta demora al máximo escritor argentino (dijo, incluso, que fue debido a ciertos prejuicios de juventud), se propone algo muy diferente. Superadas las décadas en que las únicas opciones parecían ser la pobre imitación y la irreverencia demodé, tal vez estemos inaugurando una tercera.

Molina se propone en sus textos dialogar y reescribir a Borges. Pero a la manera borgesiana en la que priman la trama y el cuidado estético. Textos clásicos como *El sur*, *El milagro secreto*, *Emma Zunz* o *La memoria de Shakespeare* sirven de inspiración al escritor. Lo que Borges hizo con Dante Alighieri o con Homero, Molina lo hace ahora con el autor de *Ficciones*. Pero también se da una forma de diálogo que recurre a otras estrategias literarias. Borges, por ejemplo, no reescribió a Chesterton, pero tomó de él temas y formas. Hay una comunión similar en el autor de *Nueve versiones...* De alguna forma, abraza y acepta la sombra del coloso y desde allí, en paz, afirma su originalidad y su voz literaria. ■

Para leer en sintonía:



AntiBorges, de Sione Bandirali (Millelire Stampa Alternativa, 2002): ya su título nos plantea, sin anestesia, el propósito militante de este conjunto poético, que a su vez está prec edido por un texto del Nobel de Literatura italiano Dario Fo, consumado crítico del argentino.

El milagro del mono, de Pablo Vidal (Milena Caserola, 2019): lo popular como Gilda convive con lo lúgubre de un Poe, en una serie de ejercicios borgesianos que tienen como resultado cuentos que friccionan con la obra del gran escritor argentino.



Parezca y desaparezca Paulo Leminski

Su ciudad fue Curitiba (“lugar donde existen pinos”, según la etimología guaraní). Fagocitador de todas las tradiciones, polaco, negro, practicante del zen, el judo y el haiku, letrista de canciones, publicista, traductor, poeta, ensayista, novelista. “Un mestizo curitibano”, como se definía, y su intensa vida breve de 44 años.

Sea esta antología de sus poemas, bautismo de satoris, mazazo de iluminaciones, iniciación a toda su compleja obra. Sea sobre todo lo que enuncia su palabra-invencción: Perhappiness. Tal vez felicidad. Textos para alimentar esa salutífera ilusión de un Brasil voraz, grafomaniaco, sintético. “Mientras haya un fonema, no voy a estar solo” dijo.

Así sea, Paulo Leminski.

AMALIA SATO



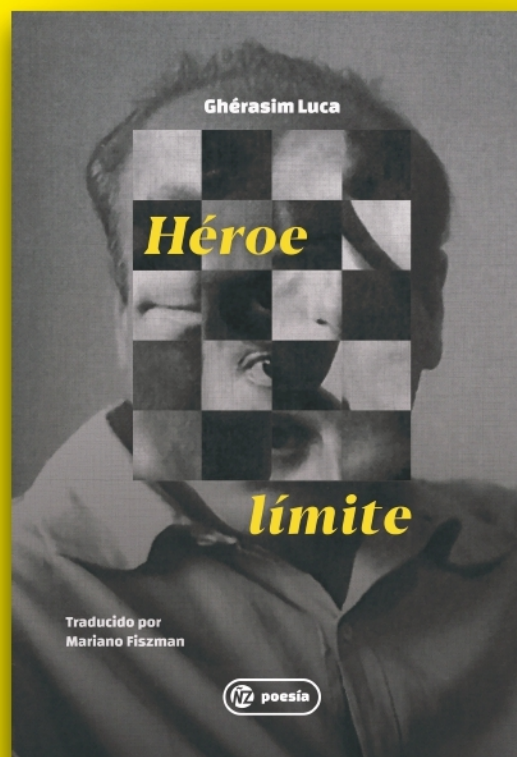
178 p., 20x14cm

Traducido por Alejandro Güerri

Héroe Límite Ghérasim Luca

A casi 30 años de su muerte, la obra de Ghérasim Luca es bastante ignorada en Francia, por no hablar del resto del mundo, donde la circulación de sus textos es casi nula, ya que se lo ha traducido muy poco. Curiosamente, algunas de las primeras traducciones fueron al castellano y se hicieron en Argentina. Se publicaron entre 1958 y 1960 en tres revistas de poesía: Serpentina y Ka Ba, dirigidas por Tilo Wenner, y Boa, dirigida por Julio Llinás. También hay algunos poemas suyos en la célebre Antología de la poesía surrealista de Aldo Pellegrini, de 1961. Se trata, en definitiva, de una escritura extrema y difícilmente recuperable, que por otro lado fanatiza a un puñado de incondicionales. Para ellos (para nosotros), esta edición es un hito: la primera publicación en Argentina de un libro completo de Ghérasim Luca, que además es la primera traducción al castellano de Héroe límite, uno de sus textos esenciales.

MARIANO FISZMAN



78p., 20x14cm

Traducido por Mariano Fiszman



añosluz editora



Para esta edición especial tenemos el privilegio de poder ilustrar nuestra portada con un dibujo original e inédito de **Silvina Ocampo**.



La obra en cuestión es parte de la colección privada de Axel Díaz Maimone, que ha tenido la generosidad de compartirla con los lectores de esta revista.

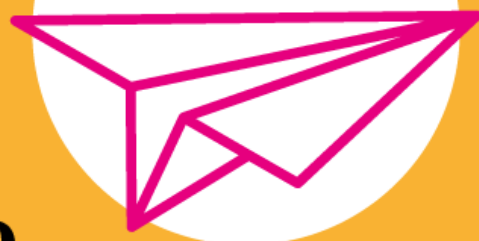
Es de uso exclusivo para esta edición N° 37 de Ulrica Revista. Derechos reservados. Queda prohibida su reproducción total o parcial, bajo cualquier medio, sin la debida autorización de su propietario.

HISTORIA

TODO ES

Regale y
regálese la
suscripción a
su revista favorita...

al lector
sin escalas



www.todoeshistoria.com.ar



LIBRERÍA ANTICUARIA

 @libreriahelenadebuenosaires

